

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

Giro bancario sobre
Nueva York

Documento vivo

(En el *Rep. Amer.*—Envío de José Pijoán, quien nos dice: "Querido Don Joaquín: Le envío este documento para Ud. primero que sé le va a gustar y para los lectores del *Repertorio* si es que cabe. Se me imagina que será un consuelo para muchos. Suyo afmo.)

Primavera, Alto Paraguay, Junio de 1941.

Querido amigo:

Han sucedido cosas maravillosas desde que le escribí la última vez y deseamos contarle todo lo que hay acerca de nuestra actual posición aquí en el Paraguay. Antes que nada deseamos agradecer a aquellos de ustedes de los que hemos recibido cartas de aliento, que nos han demostrado el gran interés que tienen en la aventura que estamos corriendo y en la causa de fraternidad a la que deseamos servir. Ha sido agradable recibir de ustedes noticias y esperamos que aquellos amigos con los que estuvimos en un contacto antes de nuestros últimos viajes aprovecharán esta oportunidad de mantenerse en comunicación con nosotros. Deseamos saber lo que ustedes están haciendo y cómo están resolviendo los problemas que todos tienen, ahora que las nubes de la guerra se amontonan y se oscurecen sobre el mundo entero. Es posible que ustedes piensen que el trabajo aquí en la selva sudamericana nos ha aislado del resto del mundo. Pero no es así. Oímos por la radio lo que está sucediendo en Rusia, en el Mediterráneo y en las ciudades bombardeadas de Inglaterra; nuestros corazones se angustian por los sufrimientos que se imponen los hombres de nuestros tiempos. Frecuentemente hemos sentido el anhelo de que precisamente estos dolores obligarán a afrontar la necesidad de una profunda revolución moral para que un nuevo orden pueda surgir de las ruinas de la guerra. Es un experimento práctico de este nuevo orden, que estamos trabajando aquí y ahora.

No pueden ustedes imaginarse con qué alegría les escribimos. En siete diferentes barcos, en grupos grandes y pequeños hicimos la travesía del Atlántico infestado de submarinos.

Parce un milagro y nos sentimos indeciblemente agradecidos y humildes por ello. El habernos podido reunir aquí en una familia grande, de 334 hombres, mujeres y niños, sólo puede significar que tenemos una tarea verdadera y sería que realizar.

Ahora bien, qué queremos decir cuando escribimos "aquí". ¿Dónde estamos, precisamente? Recuerde que en nuestra carta de febrero relatábamos cómo habíamos enviado a hermanos desde Filadelfia para indagar dónde pudiésemos no solamente establecernos sino tener también la posibilidad de una expansión ilimitada. Y no solamente buscamos en el Chaco, sino también allende el Río Paraguay, en el Alto Paraguay, pues ya habían aparecido claramente tres objeciones fatales para nuestro establecimiento en el Chaco mismo. En primer lugar no consideramos nuestra tarea como la construcción de una bella Utopía sólo para nosotros mismos, sino como la experiencia viva y la proclamación de un modo de vida fraternal entre los hombres. Ahora bien; el Paraguay, debido a las terribles guerras que han diezmando su población masculina durante los últimos 70 años, no está densamente poblado en ninguna parte, con excepción de la capital, Asunción, y sus alrededores; pero donde se



Carreta en el Chaco

nota más esta despoblación es en el Chaco. La única gente que allí hallamos fueron colonos alemanes menonitas de Rusia y del Canadá, una escasa población de indios *leguas* y un gran destacamento del Ejército paraguayo.

En segundo lugar la ausencia casi completa de posibilidades de transporte tornaba aún más seria la situación, en dos sentidos. Solamente con dificultad hubiésemos podido salir al encuentro de los hombres y a la gente le hubiera sido prácticamente imposible encontrarnos. La falta de transportes hubiera sido también fatal para el aspecto económico de nuestra vida; el flete, por ejemplo, para el algodón,—que es prácticamente el único cultivo en el Chaco,—es exactamente cinco veces más gravoso desde el interior del Chaco hasta Asunción, que desde aquí donde ahora estamos hasta Asunción. Por esto no existe hoy día en el Chaco ninguna colonia que esté colocada sobre una base económica sana.

En tercer lugar, el Chaco, como se indicó en nuestra última carta, es terrible desde el punto de vista de la salubridad y de hecho no es lugar en que sea fácil conservar la vida. Los meses de verano que pasamos en el Chaco fueron una cruel e inolvidable experiencia, especialmente las noches, que frecuentemente eran tan calurosas que era enteramente imposible dormir. Muchos nos debilitamos por el paludismo y nuestros niños adquirieron varias enfermedades tropicales, de las cuales muchos de ellos sufrieron después cruelmente.

Por todas estas razones fué una verdadera alegría recibir noticias de los hermanos que habíamos enviado al Alto Paraguay, en el sentido de que las condiciones allá eran muy diferentes. Habían encontrado una región, llamada Primavera, de la que se consideraba que en todos los aspectos era apropiada a nuestros propósitos. Era la primera semana de marzo y una vez más hicimos nuestros petates y nos preparamos para otro largo viaje.

Salimos del Chaco a más de prisa de como entramos. Alquilamos todos los camiones disponibles en la vecindad, y anduvimos 170 kilómetros dando tumbos por un pésimo camino. Fué este un viaje lleno de emociones. Estábamos sentados, encaramados precariamente, en

lo alto de los camiones, mientras que los espinosos arbustos del Chaco desgarraban nuestras camisas, arrancaban nuestros sombreros como si pretendieran retenerlos. Los baches eran tan profundos que avanzábamos sacudiéndonos alocadamente. Después, como para variar, llegábamos a una especie de canal, y éste había de ser cruzado por encima de gruesos tablones que amenazaban a cada momento ceder bajo la inusitada carga.

Sin embargo, llegamos esa misma noche a tiempo a la "estación del ferrocarril" habiendo cubierto en camión, en 7 horas, la misma ruta que habría requerido 40 horas en carreta. El resto del viaje transcurrió bien hasta que llegamos a Puerto Rosario, y entonces tuvimos una sorpresa. "Puerto", allí era más bien título de cortesía que de descripción. De muelle de desembarque no había ni trazas; solamente un simple banco alto de barro, en el cual alguien había construido unos pocos escalones de piedra. Subiendo esos escalones tuvimos que cargar, halar y arrastrar o rodar todos nuestros fondos y cacharos con un terrible calor.

Lo hicimos en 4 horas y luego cargamos las carretas que habían venido por nosotros y seguimos lentamente hacia Primavera, nuestra estancia recientemente adquirida, que se hallaba a algo menos de 70 kilómetros al Este del Río Paraguay, cerca del pueblo de Itacurubi del Rosario. Ya desde el comienzo de esta última etapa de nuestro viaje, notamos con alegría la diferencia entre esta parte del Paraguay y el inhospitalario Chaco del cual recientemente habíamos escapado. Para empezar, había más gente, mucha más. Esta vez verdaderos paraguayos a quienes nunca vimos en el Chaco, en absoluto.

Algunos estaban conduciendo sus *carretas*, los grandes carretones de bueyes que ellos usan para el transporte de troncos de árbol. Estos tienen dos grandes ruedas con un diámetro como de dos metros. Los troncos son izados y equilibrados, colgando del eje de hierro, y todo el artefacto es conducido por una tremenda suma de entusiasmo y con una alharaca indescriptible, una especie de versión sudamericana del *yodel* suizo!

(Pasa a la pág. anterior)